

# Un Viaje con Nuestros Estudiantes de las Escuelas Públicas: Ministerio de Mentoría

por Ingrid E. Sánchez-Seymour

Como una niña cubano-americana, pequeña, bilingüe, y creciendo en Miami en los años 70 y 80, tratar de encajar fue difícil. A los que somos niños de la primera generación, nos decían que éramos diferentes, pero a la misma vez igual a nuestros compañeros de escuela. Hablábamos dos idiomas, vivíamos una vida en inglés en la escuela, una vida cubana en casa, y navegábamos entre medio. A menudo quedábamos perdidos buscando a alguien que compartiera nuestra experiencia, o por lo menos que le importara nuestra experiencia en casa, la escuela y entre medio.

Cuando era niña, *Bienvenido de nuevo Kotter* (Welcome Back Kotter) era uno de mis programas favoritos de televisión. Búscalo en Google. Se trata de un profesor pícaro e inadaptado que regresa a su antigua escuela para poder retribuir; para ser un guía e influencia positiva a un grupo de estudiantes pícaros, ruidosos, e inadaptados llamados los “Sweathogs”—un grupo al que él también perteneció de joven. El programa aún se mantiene a la altura de la experiencia en el aula de hoy. É aquí el verdadero poder del programa para mí: la clase estaba llena de estudiantes de color, orígenes étnicos, y muchos problemas de pertenencia. El Señor Kotter, con su picardía y pedagogía poco convencional, hoy en día sería considerado innovador, fresco y, espera, un mentor. El programa nunca se trató de lo que los muchachos aprendían a un nivel académico; se trataba de como el Señor Kotter entraba en las experiencias de sus estudiantes para poder guiar, caminar con ellos, y ofrecer una o dos palabras sabias. Él nunca esperaba que le agradecieran o que les cayera bien. Él fue llamado a caminar con sus muchachos, para que pudieran triunfar en esta vida. Algo poderoso para un programa de los años 70. Algo poderoso para una pre-adolescente de primera generación en Miami buscando navegar el mundo.

El Señor Kotter era un mentor. Un mentor se define como un consejero o guía de confianza, una influencia positiva que guía la vida de una persona joven. La palabra mentor viene directamente del épico poema de Homero, *La Odisea*. En esta clásica historia, nuestro héroe Odiseo embarca en un viaje de 20 años y confía el cuidado de su hijo Telémaco a su amigo de confianza, Mentor. Ser un mentor en nuestras escuelas públicas nos da el privilegio de caminar junto a un joven quien pueda estar angustiado, en necesidad de un oyente objetivo, o en necesidad de una presencia adulta positiva y orientadora.

Hace dos años, le pregunte al director de mi escuela secundaria local COMO podría llegar a conocer a mis estudiantes de la iglesia, así como lo hizo nuestro querido Brian Kissinger en su propia escuela. Lo gracioso es que era el mismo director – así que me dijo, ¡vamos! ¿Eso sonó demasiado fácil? Después dos años de intentar hacer que algo sucediera, si, parecía demasiado fácil. Pero el Espíritu Santo estaba por todas partes, así que empecé a visitar el comedor durante las horas de almuerzo los primeros y terceros miércoles del cada mes. Sobre el curso del año, reuní mi coraje para entrar al campo de batalla. ¿Te acuerdas de la escuela secundaria? Sigue tan aterrador incluso para una persona adulta que paga impuestos. ¿Quién rayos era yo para entrar en su territorio? Recé a nuestra Santa Madre María y entre con mi sudadera de la Natividad y una sonrisa en mi cara.

Sobre el curso de ese año, aprendí mucho acerca de nuestra escuela pública y de nuestros estudiantes:

Primera lección: **Conoce al Personal Adulto.** Si el Personal Adulto te conoce y confía en ti, te conviertes en parte de la familia. Como ministros juveniles, a menudo se nos olvida que son los adultos quienes tienen todo el control sobre la vida de los jóvenes, especialmente en la escuela. Maestros, consejeros, personal de la oficina, y personal de seguridad todos se interponen entre ti y conocer a “tus” muchachos. Aprendí que al conocer al personal de la oficina y al personal de seguridad, ellos también me conocerían a mí. Hablábamos, compartíamos una o dos historias cortas, y luego me dirigía al comedor. Esas historias eran importantes porque el personal y la facultad de la escuela también son parte de la vida de un estudiante. Llegué a un punto en el que el personal me preguntaba si trabajaba ahí. Venían al comedor a preguntarme a qué hora eran las misas, (sí, muchos católicos en nuestra escuela), y unas cuantas veces, me pedían que interfiere en alguna situación en el rol de un “ayudante adulto.” Ocasionalmente, recibía una entrada gratis a los partidos de fútbol porque—¿tú eres la señora que viene cada semana, no? Primera lección: Ganar tu credibilidad de calle con aquellos que están a cargo te permite el privilegio de estar en la escuela, y respetar a los estudiantes y a personal. Eso es un gran ministerio.

Segunda lección: **El Conocimiento es Poder.** Después de un año de tener un acceso lleno de gracia a las escuelas, un nuevo director llegó. Le pedí tener una entrevista con él para saber si estaba dispuesto a tener a un ministro juvenil viniendo a la escuela. Nuevamente, ¡ORACION! La historia resumida es que él ya había escuchado de mis andanzas por la escuela y pensó que mi presencia podría ser un beneficio. Él se enteró de mi por parte de los maestros y del personal (ver primera lección). Le deje saber que quería estar en la escuela para poder ser una presencia para “mis” muchachos y un recurso en caso que necesiten ayuda. El me dejó saber que las escuelas públicas del condado realmente quieren que adultos de buen corazón sean una presencia afectuosa para los estudiantes en necesidad. Durante el año, saludaba a mis muchachos, y tenía conversaciones de corazón a corazón con jóvenes que solían sentarse solos durante el almuerzo. ¿Buen ministerio? Yo pienso que sí. ¿Cómo afectó el ser mentora la forma en que hice un ministerio juvenil? Me permitió un vistazo en la vida de un estudiante. Podía verlos almorzando en los pasillos en grupos o solos. Sabía la ubicación de la subescuela, la librería, la oficina de consejería. Conocía a los guardias de seguridad, al personal de la oficina de recepción, y a los consejeros. Veía los folletos de los clubes y afirmaciones seculares en las paredes. Podía ver la confluencia de atletas, solitarios, jóvenes populares, maestros y personal. Oía el sonido de la campana escolar. Estaba en su territorio y podía escuchar mejor de su experiencia en la escuela.

Tercera Lección: **Saber que ERES necesitado.** Como ministros juveniles, queremos estar con nuestros jóvenes y darles testimonio. Ese es nuestro trabajo en nuestras parroquias cuando asistimos a eventos deportivos o teatrales. Como mentor(a), eres asignado un joven quien necesita de toda tu atención y punto de vista neutral. Traducción – el mentor NO es un maestro o padre, un mentor ofrece a un joven un lugar seguro para hablar, desahogarse, y descargar su peso emocional. Es posible que puedas preguntar por algún joven que conoces. El lugar es el mismo. Mentores son necesitados para ofrecer el ministerio de la presencia en la

escuela. Como mentores no necesitamos hablar de la fe porque nosotros representamos lo mejor de lo ofrece el Evangelio: fe, esperanza y amor. Los mentores están disponibles a ser vistos por sus jóvenes en los pasillos. Los mentores son vistos por el personal y la facultad de la escuela como socios en la aventura que es la escuela secundaria. Mis momentos favoritos son cuando un joven pasa por mi lado en un pasillo lleno y grita – “Hey, ¡esa es la Señora Ingrid! El segundo joven pregunta, “¿Quién es ella?” El primer joven dice, “Ella es mi ministro juvenil.” El segundo joven dice, “¿Como la conoces?” Que empiece la evangelización.

Recomiendo a todos mis compañeros Directores del Ministerio Juvenil que consideren el ministerio de mentoría en nuestras escuelas secundarias. Se la luz para un joven necesitado. Ve tras de esa oveja. Ofrece una sonrisa, o un “chócale” en el pasillo a los que ya conoces, y a aquellos que puedas llegar a conocer. Camina con un joven, así como lo hizo el Señor Kotter. A él le importaba porque sabía. Somos llamados a ser mentores porque sabemos que somos llamados a amar. ¿Por qué? Porque Jesús nos amó a primero. 1 John 4:19.

*Ingrid E. Sánchez-Seymour, mejor conocida como mama o Señora Ingrid nació en la Arquidiócesis de Miami. Vino a Washington D.C. para estudiar en la universidad y para cambiar el mundo. Después de conocer y casarse con Jim, se estableció así misma como de “Virginia por matrimonio”—y por la gracia de Dios, también lo hicieron sus tres hijos. Pensó que podría ser una diplomática, pero Dios tenía otro camino para ella—el ministerio juvenil—el cual lo ha estado haciendo desde el 2002. En su tiempo no tan libre, le gusta pasar tiempo con amigos y ver programas de Netflix dignos de verlos de corrido. Una católica orgullosa de toda la vida, espera enseñar el amor a Cristo a su familia, vecinos y comunidad parroquial.*